

Lo que sea de cada quien

Flotadores para Alfonso Cuarón

Vicente Leñero

Los dos escuincles se traían un jaleo abrumador por la sala. Entraban, correteaban, salían, gritaban. Era imposible escuchar los relatos del doctor Quiroz Cuarón sobre Goyo Cárdenas o sobre el falsificador Sampietro. Cristina trataba de meter al orden a Alfonso y a Carlitos, los escuincles revoltosos, pero ellos huían y reaparecían luego muy conscientes de que exasperaban a los mayores.

Hermana de David Orozco, una simpatizante sinarquista que frecuentaba las tertulias de Miguel Manzur, Cristina estaba casada con el doctor Alfredo Cuarón, médico nuclear, quien trabajaba en el Hospital General del Centro Médico del IMSS. Era compañero de Estela —ella en el departamento de psicología—, y por esa relación ambos matrimonios hicimos amistad. Nos reuníamos de vez en cuando en su casa o en la nuestra, donde Cristina y Alfredo nos contagiaban su entusiasmo por sus frecuentes viajes al extranjero.

Cuando la cena era en casa de ellos, en la colonia Roma, las interrupciones de Alfonso y Carlitos, dos de los cuatro hijos del matrimonio, dificultaban la plática. Como ahora, que habían invitado al tío Quiroz Cuarón cuyas aventuras con los grandes criminales de aquellos tiempos eran para sacudir a cualquiera. Fue imposible esa vez seguir la charla de Quiroz Cuarón por culpa de los malcriados. Él optó entonces por obsequiarnos un ejemplar de su libro sobre Goyo Cárdenas en el que se detallaba el caso. Así sería más fácil conocer la historia.

Años después volvimos a ver a Cristina Orozco, sábado a sábado, en un campo de entrenamiento de Ciudad Universitaria. Su hija Cristina jugaba con las nuestras —Estela, Isabel, Eugenia— en el equipo Yescas perteneciente a una liga de fut americano

para chicas adolescentes, en la especialidad de tochito.

En las graderías del campo, Estela y yo nos encontrábamos con Cristina. Desde ahí nos desgañitábamos con porras para las Yescas, que frente a los distintos equipos rivales eran siempre el grupo a vencer. Gritábamos, ondeábamos banderitas, celebrábamos sus triunfos.

A los juegos solía asistir también Alfonso, el escuincle escandaloso de nuestras cenas, convertido ya en un adolescente ensimismado.

Él no participaba en las porras, qué va. Prefería abandonar las gradas y echarse a caminar por la orillita del campo, seguramente aburrido.

A Cristina le preocupaba Alfonso, nos dijo. El chico no quería estudiar. Se pasaba las tardes viendo películas y más películas en los cines de la colonia Roma, el Gloria y el Estadio. No le interesaba otra cosa. Ese año había intentado inscribirse en el Centro de Capacitación Cinematográfica, pero lo rechazaron porque sólo tenía diecisiete años.

—¿Por qué no hablas con él? —me pidió Cristina.

—Sobre qué.

—Sobre cine.

—Él ve más películas que yo.

—Pero tú trabajas en el cine. Puedes aconsejarlo.

En aquellos días, Arturo Ripstein estaba filmando mi guión de *Cadena perpetua* en los Churubusco. Yo iba con frecuencia a la filmación, a veces acompañado de Eugenia que quería ser actriz.

Abandoné las gradas cuando Estela mi hija acababa de atrapar en lo profundo un pase por el ala derecha. Fui en busca de Alfonso que continuaba paseando

por la orillita del campo, pateando piedrecitas.

Le puse una mano en el hombro, cordial, y le empecé a hablar de los trajines de la filmación. Él no parecía escucharme.

—¿No te gustaría ir a la filmación de *Cadena perpetua*?

—Para qué.

—Para que veas cómo se hace el cine en los estudios. Para que conozcas las técnicas, los modos. Se aprende mucho, te lo garantizo.

Alfonso se detuvo y me miró de frente. Torció la boca con prepotencia.

—No necesito flotadores para nadar —dijo.

Su respuesta mamona se me antojó un desplante de adolescente. Me molestó.

Pero tenía razón. Años después se lanzó a filmar cortos, a trabajar como asistente de dirección con José Luis García Agraz, con Luis Mandoki. Luego el éxito como director, en México y en el extranjero. Lo que se dice éxito de verdad: *Sólo con tu pareja*, *La princesita*, *Grandes esperanzas*, *Y tu mamá también*, *Harry Potter*, *Niños del hombre*...

Ciertamente, Alfonso Cuarón no necesitó nunca flotadores para nadar. ■



Alfonso Cuarón